

Don Ramón Carande y la historia económica

Quisiera, ante todo, comenzar definiendo aquello a que pretendo referirme al hablar de «historia económica», una disciplina que se confunde, a mi parecer indebidamente, con lo que en justicia debiera llamarse «historia de la economía», que es lo que suele enseñarse en nuestras universidades, y muy especialmente en nuestras facultades de ciencias económicas, lo cual no critico en modo alguno, porque tal vez sea, en efecto, lo que conviene a quienes se forman en ellas. Lo que no me parece bien es que se identifique con algo muy distinto, como es la «historia económica», una vieja disciplina, que tiene entre nosotros una tradición de doscientos años y que se distingue por tener un enfoque y un contenido propios.

¿Simple cuestión de nombre? No lo crean. La «historia de la economía» se ocupa ante todo de la evolución de las diversas actividades económicas del hombre, consideradas casi siempre por separado —estudia la agricultura, la industria, la minería, el comercio exterior, la banca, la política monetaria...—, mientras que la vieja «historia económica» tiene como objeto fundamental al hombre mismo como sujeto y protagonista integral, no a sus actividades o al resultado de éstas, y se distingue de otras modalidades por el hecho de que intenta darnos una explicación global de lo humano a partir del análisis de cuanto se refiere a los datos económicos: al trabajo, a la subsistencia, a la lucha por la riqueza... La primera es historia de las cosas; la segunda, historia de los hombres.

Déjenme poner un ejemplo que aclarará lo que quiero decir. En las bibliografías sobre el siglo XVI español que suelen publicarse en nuestros manuales de historia de la economía encontrarán ustedes con frecuencia asociados dos libros que son semejantes desde el punto de vista de lo que interesa a esta disciplina, pero que no pueden ser más distintos, si los consideramos desde la perspectiva, más amplia, de la historia económica. Uno es *Carlos V y sus banqueros* de don Ramón Carande; el otro, *La Hacienda de Felipe II*, de Modesto Ulloa. Para los historiadores de la economía ambos se ocupan de la hacienda de los Austrias. Para quienes contemplamos las cosas de otra forma, las diferencias resultan mayores que las semejanzas. El libro de don Ramón Carande estudia la suerte de los castellanos del siglo XVI —desde el soberano al campesino, pasando por los banqueros— a la luz de lo que los problemas de la hacienda nos enseñan de sus empeños, sus esfuerzos y su suerte, común y diversa. El de Modesto Ulloa analiza los mecanismos propios de la hacienda, sin una preocupación fundamental por los hombres. ¿O acaso creen ustedes que es un mero rasgo de estilo el hecho de que Carande diese al suyo un título que evoca el protagonismo de unos seres humanos

—el emperador y sus prestamistas—, mientras que en el de Ulloa lo sustantivo es «la hacienda», esto es «las cosas», y el hombre, «Felipe II», aparece como una mera acotación temporal, la de las fechas de un reinado? No se trata de un problema de estilo porque los títulos no son intercambiables. El libro de don Ramón no pudo nunca titularse *La Hacienda de Carlos V*, porque esta denominación no hubiera reflejado el propósito que lo inspiró ni la riqueza de su contenido. Ni el de Modesto Ulloa podría rebautizarse como *Felipe II y sus banqueros*, porque quien buscara lo que tal título promete en sus páginas, no lo hallaría. Y no lo digo en detrimento del excelente estudio de Ulloa, para valorarlo por debajo del de Carandé, sino sólo para señalar que pertenece a un género distinto.

Un género que no he inventado yo, sino que data de mediados del siglo XVIII y que me conduce a insistir en una distinción que no es un mero juego de palabras. Como no lo es, de acuerdo con una tradición nacida hace varios siglos, hablar de una «historia filosófica» que no era, en modo alguno, lo que hoy entendemos por «historia de la filosofía» o, para referirme a otra denominación que se ha conservado hasta nuestros días, decir «historia natural» o «historia de la naturaleza», expresión, esta última, que correspondería más bien a campos como el actual de la «paleontología», por poner un ejemplo.

Y ocurre que éste de la «historia económica», entendido con su viejo y más amplio sentido, es precisamente un género al que deberíamos prestar la mayor atención, aunque no fuese más que por el hecho de que el primer libro que merece clasificarse en él se escribió precisamente en este país y en lengua castellana. Déjenme explicárselo...

Como pone muy bien de manifiesto el reciente estudio de Coleman sobre el ascenso y decadencia de la historia económica en Gran Bretaña, *History and the economic past*, quienes aceptaron los fundamentos de esta nueva concepción de los estudios históricos fueron los grandes pensadores de la escuela escocesa del siglo XVIII, comenzando por David Hume. Fue Hume quien, en sus *Discursos políticos*, aparecidos en 1752, utilizó un enfoque globalizador para señalar la estrecha relación que existía entre las formas de organización económica y el grado de civilización alcanzado: «Las leyes, el orden, la policía, la disciplina —escribía— no pueden ser llevados a un grado cualquiera de perfección antes de que la razón humana se haya refinado a sí misma por el ejercicio y por una aplicación por lo menos a las artes más vulgares del comercio y la manufactura». De ahí tomaría Adam Smith uno de los fundamentos en que se apoya su *Riqueza de las naciones*, cuyas concepciones de la sociedad y de la economía siguen estando en la base misma de la legitimación de nuestra propia sociedad. Pero, como señala muy bien Coleman, estos fundamentos teóricos no fueron desarrollados por los pensadores escoceses. Cuando Hume escribió su gran *Historia de Inglaterra*, no acertó a aplicar en ella los principios que él mismo había alumbrado, y Smith dedicó poca atención al análisis histórico en su obra magna —aunque esa nueva concepción de lo histórico fuese uno de los fundamentos del edificio entero que construyó. Hay apenas atisbos en Gibbon o en Robertson, pero no se encuentra en el siglo XVIII británico un solo libro que pueda definirse como de historia económica. De hecho, para Coleman, el género no aparecería en Gran Bretaña hasta cien años más tarde, entre 1880 y 1910, tras más de un siglo de olvido.

Quien parecería recoger el reto planteado por Hume y por Adam Smith sería un economista francés, Adolphe Blanqui, que en 1837 publicaba una *Historia de la economía política en Europa* y justificaba su enfoque con estas palabras: «Llamado hace unos doce años a la cátedra de historia y de economía política de la Escuela Especial de Comercio, que hoy dirijo, no tardé en apercibirme de que existían entre estas dos ciencias relaciones tan íntimas que no se podía estudiar la una sin la otra, ni profundizar en ellas por separado. Ambas se prestan apoyo en todo momento: la primera proporciona los hechos; la segunda, explica sus causas y permite deducir sus consecuencias. A medida que avanzaba en la exposición de las doctrinas, necesitaba de los ejemplos, y el estudio de los acontecimientos quedaba a su vez incompleto hasta que la economía política no venía a iluminarlo». Dejemos ahora a un lado lo esquemático de esta formulación teórica, que no alcanza, con mucho, la riqueza de las de David Hume. Lo cierto es que Blanqui escribió el primer manual de historia económica de que tenemos conocimiento. Pero no el primer libro de historia económica.

El primero que merece realmente este nombre se había publicado medio siglo antes en España. Me refiero a las *Memorias históricas sobre la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona*, de Antonio de Capmany, aparecidas entre 1779 —a tres años de la primera edición de la *Riqueza de las naciones*— y 1792. Porque, aunque su título pueda hacer creer a quien no conoce este libro que se trata de simple historia de la marina, el comercio y la industria —o sea de las actividades económicas por separado—, su contenido desborda con mucho este planteamiento. Lo que Capmany —que sin duda había leído los *Discursos políticos* de Hume, traducidos al francés en 1754— quería hacer era una historia económica de la Corona de Aragón en la Edad Media, no para contentarse evocando pasadas grandezas o para pedir alguna vuelta a las reglas vigentes en otros tiempos —en otro libro atacaría explícitamente a quienes ponderaban las excelencias del pasado, ignorando los progresos del presente—, sino para extraer de este pasado la lección de un crecimiento económico que no había nacido del desarrollo agrícola, sino del comercio y de la industria, con el fin de combatir la obcecación con que la mayor parte de los agraristas ilustrados, como Campomanes, para poner el ejemplo más relevante de lo que quiero decir, se empeñaban en no entender la realidad de otras formas de progreso y desarrollo y, obstinados en la defensa de una industria doméstica que había de limitarse a ser un complemento de la agricultura, pretendían cerrar el camino a la industrialización moderna.

Pero si Capmany fue el primero entre nosotros —y, sin duda, el primero en Europa—, y si pudo parecer por un momento, en especial con la aparición del libro de Asso sobre Aragón, que otros podían seguirle, la verdad es que el ambicioso camino que había abierto no sería recorrido de nuevo en muchos años. Tendríamos muchos y excelentes libros sobre las ideas económicas, estudios sobre las instituciones, los precios o la moneda. Mucho que puede clasificarse como antecedentes de la «historia de la economía». Pero el segundo libro español que puede llamarse con propiedad una obra acabada y madura de «historia económica» es *Carlos V y sus banqueros* de don Ramón Carande.

Tuve la fortuna de poder contar, en mi juventud, con dos grandes maestros en el estudio de la historia económica, como Jaime Vicens Vives y Pierre Vilar. Vicens era